

LA ELEVACION SOBRENATURAL DE LA CREACION

§ 114

Delimitación objetivo-conceptual

1. Dios ha creado las criaturas para que participen en su vida trinitaria. Les ha comunicado ser y actividad autónomos, pero de tal modo estructurados, que sólo en tal participación pueden alcanzar su plenitud y perfección esenciales. Según el plan de Dios, en las criaturas ha de realizarse del modo más perfecto su vida trinitaria divina, las criaturas han de ser totalmente dominadas por El, ha de realizarse en ellas su señorío, que es un reinado de verdad y de amor, para que de esta manera puedan alcanzar la salvación, es decir, una vida de plenitud ontológica y de existencia perfecta y segura.

a) Para comprender debidamente la Creación es preciso distinguir la esencia de la criatura, generosa donación del amor divino, junto con la orientación de esa esencia hacia la *participación en la hermosura y poder divinos, de una parte, y la orientación de las criaturas hacia la vida divina trinitaria, de otra parte*. Las cosas son una revelación de Dios (§ 1). Dios muestra su gloria realizándola de un modo finito en el campo de las cosas creadas. Las co-

sas son manifestaciones finitas de la divinidad y, consiguientemente, tienen que ser consideradas como signos y revelaciones de Dios. Mediante las cosas creadas manifiesta Dios su divinidad y poder eternos (*Rom.* 1, 20). Esto constituye el aspecto exterior de Dios, por así decirlo, no su vida interior. Como es natural, en Dios no hay un "interior" y un "exterior", pero nosotros tenemos que concebir como estratificada y graduada la realidad absolutamente simple de Dios. Nosotros no somos capaces de abarcar con una sola mirada esa realidad, sino que tenemos que contemplarla, desde diferentes puntos de vista, con miradas sucesivas. En la Creación, Dios no manifiesta su vida *interior*, el amoroso intercambio trinitario. En la Revelación mediante las obras (Creación) queda oculto este íntimo misterio.

Un artista humano se realiza plenamente en sus obras y se manifiesta a través de ellas; Dios, no. El artista humano pone en su obra sus más íntimas visiones y experiencias. Cuanto más perfecta sea su creación, con tanta más facilidad pueden penetrar en su interior y experimentarlo todos los que contemplan su obra. Dios, al contrario, queda con su más íntima vida fuera de su creación. Sólo oscuramente se percibe a través de ella su vida trinitaria, su misericordia. Es verdad que a pesar de esto existe una relación íntima entre el Creador y las criaturas. Pues Dios vive y está en medio de las cosas. Es Dios, por así decirlo, quien las ha llamado para que estén en el ámbito exterior de su vida. Dios habla con ellas, pero lo hace a la manera de un hombre, que ha abandonado su habitual círculo de amigos y ha entrado a formar parte de una nueva comunidad de hombres, adoptando sus costumbres y maneras de vivir. Puede manifestar fidelidad y disposición a ayudarlos: mientras no les descubra su interioridad hay una como distancia abismal entre él y sus nuevos compañeros de viaje.

En cuanto que las cosas han sido creadas, toman parte en la vida de Dios, que conserva y mantiene su ser. Pero sólo les ha sido concedido el tomar parte en la vida exterior de Dios. Se trata aquí de algo de gran importancia y en virtud de ello las criaturas poseen nobleza y dignidad. Pero si quedasen reducidas a eso las relaciones entre Dios y las criaturas, mediarían entre ambas partes apartamiento y lejanía. Las criaturas no experimentarían la plenitud del amor de Dios, que queda velado por la crueldad y brutalidad de la "Naturaleza" (cfr. G. Söhngen, *Analogia fidei: II. Die Einheit der Glaubenswissenschaft*, en "Catholica", 3, 1934, 176-208).

b) El conjunto de las cosas creadas por Dios, que hacen referencia a Dios, que manifiestan su hermosura, poder y grandeza, se denomina "Naturaleza", empleando una expresión creada en la Edad Media. Con ella nos referimos a la "Naturaleza" propiamente tal, en cuanto que es una realidad distinta del Espíritu y de la Cultura. De este modo describe y entiende Goethe la Naturaleza:

Vamos a transcribir aquí el "himno en prosa a la Naturaleza", falsamente atribuido a Goethe, pero que expresa adecuadamente su mentalidad: "¡Naturaleza!, estamos rodeados de ella y ella nos abarca—sin que podamos salir de ella ni penetrar más profundamente en su interior—. Sin pedir nuestro permiso y sin avisarnos nos mete en el ciclo de su danza y nos arrastra consigo, hasta que, cansados, nos dejamos caer de sus brazos. Eternamente crea nuevas formas; lo que ahora es, no había sido todavía; lo que fué en el pasado no vuelve a ser de nuevo: todo es nuevo y al mismo tiempo viejo. Vivimos en medio de ella y somos seres extraños a ella. Habla incesantemente con nosotros y no nos revela nunca su misterio. Obramos en ella y no obstante no podemos ejercer influencia alguna sobre ella. Parece haberlo ordenado todo hacia la realización de la individualidad, no obstante los individuos no le interesan. Construye y destruye incesantemente, y no hay acceso alguno que conduzca a su taller. Vive solamente en los hijos; pero ¿quién es la madre? La Naturaleza es el único y verdadero artista: desde la más simple materia hasta los más grandes contrastes; sin cansancio visible, hasta la suprema perfección—hasta la más exacta precisión, matizado todo de una nota de suavidad. Cada una de sus obras posee una esencia propia, en cada uno de sus fenómenos se realiza el concepto aislado, no obstante todo es uno. La Naturaleza representa una comedia; no sabemos si es que ella misma puede contemplarla, no obstante la representa para nosotros que desde un rincón asistimos al espectáculo. Hay en ella vida, fluir y movimiento eternos; no obstante, nunca da un paso hacia adelante. Se transforma incesantemente y no conoce la quietud... La Naturaleza es firme: comedido su paso, raras sus excepciones, sus leyes inmutables. Ha pensado y sigue cavilando incesantemente, pero no como lo hacen los hombres, sino en cuanto Naturaleza. Se ha reservado un sentido universal, que nadie puede descubrir. Los hombres todos están en ella y ella está en todos los hombres. Con todos juega amistosamente y se alegra de que la ganen... Aun lo más innatural es Naturaleza, aun en la más burda pedantería se manifiesta algo de su genialidad. El que no la ve en todas partes, no la ve en ninguna parte adecuadamente. Se ama a sí mismo, con innumerables corazones, y con miles de ojos contempla su propio ser. Se ha difundido para gozarse con plenitud. Incesantemente hace aparecer nuevos seres que se gozan de ella y se comunican sin saciedad. La encanta la ilusión. Al que la destruye en sí mismo o en los otros lo castiga con tiranía implacable. Al que la sigue confiado, la Naturaleza lo abraza como a un niño. Innumerable es el número de sus hijos. Con ninguno se muestra mezquina en ninguna parte, pero tiene sus predilectos, y con respecto a ellos ningún despilfarro o gasto es demasiado grande... Saca a sus criaturas de la nada y no las dice de dónde vienen y adónde van. Quiere que corran, el camino sólo lo

conoce ella. La Naturaleza posee pocos impulsos y alicientes, pero todos ellos son siempre eficaces, siempre nuevos y distintos. Crea siempre de nuevo nuevos espectadores y por eso es siempre nuevo su espectáculo. La vida es su más bella invención y la muerte es el mejor truco de que dispone para crear incesantemente nuevas vidas. Rodea al hombre de oscuridad y le excita eternamente a tender hacia la luz. Le inclina hacia la tierra, torpe y pesado, y no deja nunca de excitarle. Ama el movimiento y crea, por eso, necesidades. ¿Qué tiene de extraño que consiga con tanta facilidad el movimiento? Todas las necesidades son un verdadero favor, son fáciles de satisfacer y aparecen siempre de nuevo. Cuando crea una nueva necesidad surge inmediatamente una nueva fuente de placer, pero pronto halla el debido equilibrio. En todo momento se prepara para la más larga carrera y en todo momento ha llegado ya a la meta. Se deja manejar por todos, permite a los locos que la juzguen y permite a los insensibles pasen junto a ella sin sentir nada; pero todos la proporcionan alegría y a todos presenta la cuenta. Todos cumplen sus leyes, aun los que se sublevaran; obra con ella aun el que pretende obrar contra ella. Todo lo que da lo convierte en beneficio al convertirlo, de antemano, en necesidad. Se hace esperar para que crezca la nostalgia y se apresura a tiempo para que nadie se canse de esperar. No habla ni dice nada, pero crea miles de lenguas y corazones por medio de los cuales siente y habla. Su corona es el amor; sólo el que la tiene llega hasta ella. Ha creado abismos entre los seres y todo lo que quiere reunir. Lo aísla todo para poder volver a juntarlo. Con un par de tragos de la copa del amor hace olvidar una vida de penalidades. La Naturaleza lo es todo. Se castiga y se premia a sí misma, se alegra y se atormenta. Es ruda y suave, encantadora y terrible, débil y poderosa. Todo existe en ella. No conoce ni pasado ni futuro. El presente es su eternidad. La Naturaleza es bondadosa. Yo la alabo en todas sus obras. Es sabia y silenciosa. Nadie le arranca explicaciones y nadie recibe de ella ningún regalo si ella no quiere libremente darlo. La Naturaleza es astuta, pero persigue siempre fines buenos, y lo mejor es no darse cuenta de sus astutas mañas. La Naturaleza es un conjunto acabado, pero nunca alcanza la perfección final... Cada uno descubre en ella un aspecto distinto. Se oculta bajo miles de formas y nombres y es siempre la misma. Ella me ha colocado en el mundo y ella me sacará de él. Tengo puesta en ella toda mi confianza. Puede hacer conmigo lo que quiera; ella nunca abandonará su obra. Yo no he hablado de ella, no; todo lo ha dicho ella, lo verdadero y lo falso. Es la culpable de todo y todo son méritos suyos."

c) Ahora bien, el concepto de Naturaleza tal como lo entiende la Teología comprende no solamente los presupuestos de la vida humana, independientes del hombre y no creados por él. Comprende también la *cultura*, es decir, lo que hace el hombre, sirviéndole de material la Naturaleza. También la cultura es Naturaleza desde el punto de vista teológico. Por consiguiente, todo lo que pueden crear las manos y el espíritu del hombre, y también esas mismas manos y el espíritu, son naturaleza. Aquí no consideramos la Naturaleza como realidad distinta del espíritu. Los sectores de las cien-

cias del espíritu, lo mismo que los objetos de las ciencias naturales, son naturaleza. En este sentido amplio no sólo la *totalidad del mundo* es naturaleza, sino también el *individuo*. De naturaleza se habla también en otro sentido, y se designa con esa expresión la esencia de una sustancia en cuanto que es el fundamento y la ley estructurante de las propiedades y actividad de un individuo determinado.

d) "Natural" es, pues, todo lo que pertenece a la esencia de una cosa tal como se manifiesta en la definición esencial, las disposiciones, propiedades, fuerzas y operaciones, y todo lo que está en relación con el desarrollo, evolución y perfeccionamiento de una cosa.

Lo "natural" de este modo entendido se refiere al *sector de lo ontológico*. Pero puede significar también un *valor*, y es entonces lo contrario de lo no natural, no auténtico, falso, artificial, lo recto y correcto. Natural es lo auténtico, verdadero, original (no lo primitivo), lo esencial y sano. Lo natural entendido en este sentido puede ser lo sobrenatural, de lo cual vamos a hablar inmediatamente, cuando lo sobrenatural compenetra totalmente a un hombre, siendo éste el caso de San Benito y de San Francisco (véase R. Guardini, *Gedanken über das Verhältnis von Christentum und Kultur*, en *Unterscheidung des Christlichen*, 1935, 177-221; ídem, *Reflexionen über das Verhältnis von Kultur und Natur*, l. c. 223-239). Pascal expresa del siguiente modo lo que aquí queremos decir: "Cuando uno encuentra el estilo natural, se queda uno admirado y encantado, pues encontramos a un hombre cuando esperábamos hallar a un autor. Pero cuando la gente de buen gusto ve un libro y espera encontrar (allí) a un hombre, les puede ocurrir que, para su desengaño, sólo encuentran un autor... La gente (que así piensa) estima en mucho la natur(alidad), pues espera de ella que puede hablar de todo (adecuadamente), aun de Teología" (fragmento 123; véase R. Guardini, *Christliches Bewusstsein*, 1935).

La expresión "natural" implica aquí un juicio axiológico. No se emplea en este sentido la palabra "natural" cuando se trata de expresar con ella lo contrario de lo "sobrenatural". Con esa palabra se expresa el hecho de que una cosa o un proceso pertenece a la esfera ontológica de la Naturaleza, tal como ha sido descrita arriba.

San Pablo llama reino de la "carne" a todo el sector del orden natural de la Creación. Esa palabra no designa la sensualidad como

realidad opuesta al espíritu, a la no sensualidad. Designa más bien el estado del hombre que sólo vive de sus fuerzas, del que está sometido al mundo, es decir, el estado de la existencia inmanente. Lo contrario de la "carne" no es la existencia dominada por el espíritu, sino la vida llena del Espíritu Santo, y que radica en un fondo trascendente en Cristo.

2. Con esto podemos pasar a dar el concepto de *sobrenatural*.

a) La *palabra* sobrenatural ha pasado por varias etapas de desarrollo antes de llegar a ser empleada en la Teología en el sentido que ahora tiene. Véase la amplia exposición de H. de Lubac, *Le surnaturel. Etudes historiques*, 1946. Aquí nos vamos a limitar a exponer lo más importante. El punto de partida lo constituyen las palabras griegas *hyperkosmos*, *hyperphysis*, *hyperouranios* y otras parecidas. Se encuentra ya en la filosofía griega (estoica, platónica, neoplatónica) y tienen un significado simultáneamente espacial y cualitativo. En sentido espacial designan el lugar de los dioses, ubicado más allá de la tierra y aun más allá del cielo físico subdividido en varias esferas superpuestas. En sentido cualitativo designan el misterioso modo de ser de los dioses. En la Sagrada Escritura y en los Santos Padres encontramos estas expresiones y otras semejantes empleadas también en doble sentido, aunque predominando el cualitativo. El sentido local sólo sirve para expresar simbólicamente la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre (Cfr. vol. I, § 41). Esto aparece con toda claridad cuando San Pablo escribe a los efesios (*Eph.* 4, 14): "El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo." O cuando Cristo dice de sí mismo que es de arriba, mientras que sus oyentes, que no le comprenden, son de abajo (*Io.* 8, 23). Con frecuencia los Santos Padres han acentuado enérgicamente el significado simbólico de las expresiones locales. Orígenes, por ejemplo, dice que si se trasciende todo lo material y si se remonta el cielo mismo se llega hasta el ser de Dios, eterno, atemporal y aespacial (*In Johannem*, 19, 5; PG 14, 564-68; véase *In Canticum*, 1, 2). Lo mismo afirman San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Nisa y otros. Las correspondientes palabras griegas se traducen al latín con expresiones tales como supermundiales, *supermundanus*, *ultra mundum*, *extra mundum*, mundo superior, *super-nus*. También estos términos, lo mismo que los modelos griegos, significan la morada y el modo de ser de Dios, predominando también aquí el segundo sentido. El otro sentido es, como dicen también los Padres Latinos, símbolo de la trascendencia divina. Claudianus Mamertus (muerto en 474), por ejemplo, rechaza la idea de que el hombre ha de subir a un lugar superior para llegar hasta Dios. Con ironía pregunta qué valor tendría el que el hombre pudiese hacer competencia a los ángeles (*De statu animae* 2, 12). San León el Grande (sermón sobre la ascensión de Cristo) declara que cuando Cristo se elevó sobre las nubes dejó tras de sí toda la dignidad y grandeza de las cosas creadas. En cuanto a San Agustín, véase *Johannem Tract.*, 38, 4 (§ 41 B).

De vez en cuando encontramos también las expresiones *para physin*, es decir, *praeter naturam* o *contra naturam*. Pero raramente tienen el sig-

nificado de *hyper physin*, es decir, *super naturam*. En general designan un estado de desorden.

Por lo que se refiere a la realidad que designan tales expresiones, conviene advertir que éstas se refieren en primer lugar a Dios mismo y en segundo lugar a la benevolencia divina y a los dones que de ella emanan. Dios es superior a todos los campos ontológicos de nuestra experiencia. En el mismo sentido que las expresiones supramundano, supracelestial se emplean las expresiones supertemporal, eterno, invisible, misterioso, superesencial, debiendo observarse que expresiones tales como la última se encuentran sólo en los escritos de Seudo-Dionisio Areopagita, influenciados por la filosofía neoplatónica. Según este autor Dios es el superexistente, superesencial (*hyperon, hyperousios, hyperousiotes, hyperousios ousiomenos*, etc.). En el sector de la lengua latina se dice en su lugar: *Ultra Substantiam*. Juan Escoto Eriugena escribe (*In opuscula sacra Boethii*): “*Ultra substantiam, id est hyperousios est deus..., id est quae excedat omnem substantiam.*” En *De divisione naturae* (lib. 1, 14; *PL* 122, 406 D): “*Nam qui dicit: superessentialis est, non quid est dicit, sed quid nos est; dicit enim essentiam non esse, sed plusquam essentiam.*” Aquí se dice, pues que Dios es sobreesencia, sobrenaturaleza.

En todas estas fórmulas las palabras sobremundo, sobreesencia, supermundano, superesencial no tiene el mismo significado que las palabras “sobrenatural” y “sobrenaturaleza”, tal como hoy las entendemos. Antes bien, se emplean en sentido general para designar la trascendencia de Dios. Se adaptan, no obstante, para recibir el sentido que aplicamos nosotros a las expresiones en cuestión.

Esto puede decirse, sobre todo, de la palabra *supernaturalis*, es decir, de la palabra que más tarde había de convertirse en término técnico para expresar la idea de sobrenatural en sentido estricto. Esta palabra se encuentra por primera vez en una traducción de la carta 19 de San Isidoro de Pelusio, hecha, probablemente, por el diácono romano Rusticus. He aquí el pasaje original: “*Eum vero qui homo est divina et supernaturalia quaedam loqui, summae presumptionis est.*” Esta palabra se convirtió en elemento esencial del lenguaje teológico del Occidente en la traducción de las obras del Seudo-Dionisio Areopagita, llevada a cabo por Hilduin y Johannes Scotus Eriugena. Los dos emplean además la palabra *supernaturalis*, término de significado parecido: *superexcellens, superessentialis, supersubstantialis*. Juan Escoto Eriugena emplea en sus propias obras la palabra *supernaturalis* y otras de ella derivadas. Con esas expresiones designa la trascendencia de Dios y nuestra participación en la vida trascendente de Dios. El Dios superesencial y sobrenatural entra en nuestra naturaleza. De este modo lo sobrenatural se hace natural. Viceversa, mediante Cristo el hombre es elevado a un estado de *supernaturalis excellentia*. La divinización del hombre sucede mediante la *ineffabilis y supernaturalis gratia*. Mediante Cristo, el hombre puede ascender *supernaturaliter et superessentialiter* hasta Dios. El hombre renovado en Cristo es elevado hasta Dios por encima de todo lo creado. El don de la gracia no queda dentro de los límites de lo creado, no obra tampoco de un modo natural, sino *superessentialiter et ultra omnes creatas naturales rationes*.

Es cierto que habían de pasar todavía de cuatro a cinco siglos antes de que la expresión *supernaturalis* llegase a generalizarse. En el siglo XII se emplea raramente. Lo encontramos, por ejemplo, en Hugo de San Víc-

tor (*Expositio in hierarchiam caelestem*, 1, 4; PL 175, 1002): "Quae sunt ineffabilia et superessentialia et supernaturalia omni creaturae... Quae divinitati naturaliter insunt, quoniam ex ipso sunt... quod enim semper inest, naturaliter est; quod autem idem est, supernaturale est." San Anselmo de Canterbury y San Bernardo de Claraval no emplean esta palabra. Tampoco suele encontrarse en los autores de las *Sumas* y *Sentencias* del siglo XII. A partir de Santo Tomás de Aquino se va generalizando el empleo técnico de este término para designar la esfera de lo "sobrenatural", entendido en sentido teológico estrictamente tal. El *Magisterio Eclesiástico* emplea esta palabra por primera vez en las *propositiones* vigésima-prima y vigésimasegunda de la bula de Pío V contra Bayo, en el año 1567. Y sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX ofrece la Teología un estudio sistemático de lo sobrenatural.

b) De este estudio somero de la historia de la palabra "sobrenatural" puede deducirse ya el *sentido objetivo* de la misma.

Dios ha elevado la Naturaleza a un estado de existencia sobrenatural. O para expresarnos de otro modo: Dios ha implantado lo sobrenatural en la Naturaleza. Dios ha creado de la nada las criaturas y las ha puesto en el ámbito externo de su vida divina y de su bondad, elevándolas, además, al ámbito interno de su amor y de su vida. Las ha hecho partícipes de su vida interna y oculta, de una vida que de por sí no aparece en la Creación. Dios se ha revelado a sí mismo, ha revelado su propia interioridad. Sólo en este caso puede hablarse de autorrevelación divina en sentido estricto. Dios no solamente ha dado el ser a las criaturas, se ha dado a sí mismo, por decirlo así. En doble sentido: Dios les ha manifestado su propia vida interior y mediante la palabra reveladora las ha llamado para que tomen parte en los misterios de su vida trinitaria. La palabra reveladora de Dios posee fuerza y eficacia. Es a la vez espíritu y poder. En la Revelación, Dios comunica a las criaturas su propia vida. La criatura responde a la autocomunicación y autorrevelación divinas apropiándose mediante la fe la vida de Dios. La vida interior de Dios se nos manifiesta en Cristo. El que quiera apropiarse en la fe la vida de Dios, sólo puede hacerlo mediante Cristo. La autorrevelación de Dios en Cristo es el mundo de lo sobrenatural. La vida en y con Cristo es existencia sobrenatural.

Sobrenatural es, por consiguiente, *lo que sobrepasa la esencia, las fuerzas y las exigencias de la Naturaleza*, lo que no es un elemento esencial de la Naturaleza, lo que no se deriva de la esencia, disposiciones, fuerzas, propiedades y actividades de la Naturaleza, lo que no es necesario para la conservación, desarrollo y perfec-

cionamiento de la Naturaleza, lo que no puede ser contenido de la Cultura, lo que sobrepasa y trasciende todas estas cosas. Como quiera que Dios, lo mismo que ha creado las criaturas de la nada, por amor libre e inmotivado, las ha llamado a que participen en su vida interior, siendo la automanifestación de Dios, en un sentido más profundo, revelación de su amor difusivo, el concepto de "sobrenatural" implica también la idea de gracia, de benevolencia, de libre donación de sí mismo. La Teología dice que lo sobrenatural ha sido "añadido" a la Naturaleza, libremente, en un acto de amor absolutamente generoso ("supernaturale est *donum naturae indebitum et superadditum*").

c) Mientras que en la Teología actual las palabras "sobrenatural" y "*superadditum*" (sobreañadido) tienen el mismo significado y se explican mutuamente, en la Teología de la Edad Media no se encuentra todavía la palabra "sobreañadido" o se emplea en un sentido distinto. Juan Escoto Eriugena la emplea frecuentemente, pero, lo mismo que en San Gregorio de Nisa, designa la miseria humana causada por el pecado. Según San Gregorio de Nisa es "natural" para el hombre vivir una vida parecida a la de la "naturaleza" de Dios. La vida sensual y carnal es una ulterior "añadidura". Solamente aquí y allá, por ejemplo en Dídimo el Ciego, se encuentra esa palabra con un significado parecido al actual. Dídimo declara que Dios comunicó al hombre una ulterior y especial facultad auditiva por medio de la cual podía percibir los mensajes espirituales. En el Occidente se generaliza la palabra en cuestión en el siglo XIII, sin significar inmediatamente lo que hoy designamos con ella. H. de Lubac (*l. c.*) observa que en el lenguaje teológico medieval esa palabra no se refiere a la meta final del hombre, a la visión de Dios, sino que se designan con ella los medios de que el hombre necesita para alcanzar tal meta. Según Lubac, todos los teólogos medievales, incluso Santo Tomás de Aquino, de acuerdo con la doctrina de los Santos Padres, afirman que la visión de Dios es el destino natural del hombre. Sólo en cierto sentido podrá decirse que ese destino es una meta sobrenatural. Francisco de Sylvestris (de Ferrara, muerto en 1528) reproducirá exactamente las enseñanzas de Santo Tomás cuando escribe: "De la visión de la esencia divina se dice que es la meta sobrenatural, no porque no pueda ser deseada naturalmente, sino porque no se puede adquirir con solas las fuerzas de la naturaleza." Santo Tomás mismo escribe (*Summa contra gentiles*, lib. 3, cap. 130): "Cada una de las cosas es ordenada hacia la finalidad que le corresponde mediante el concepto racional de su forma. Ahora bien, la finalidad hacia la cual se halla orientado el hombre en virtud de la gracia divina es superior a la naturaleza humana. Por consiguiente, además de la naturaleza tiene que poseer el hombre una forma o perfección sobrenatural mediante la cual es adecuadamente orientado hacia dicha finalidad. El hombre tiene que llegar a su propia meta final mediante actos propios. Ahora bien, todas las cosas obran en correspondencia con su propia forma. Por consiguiente, para que el hombre pueda alcanzar su propia meta final mediante actos propios tiene que habersele concedido una forma superior cualquiera

en virtud de la cual sus actos adquieren eficacia en lo que concierne al merecer la meta final.”

a) Lo sobrenatural, entendido de este modo, no debe confundirse con lo *sobrenormal* (telepatía y semejantes fenómenos del ocultismo), anormal, supersensual y espiritual. Todos estos conceptos quedan dentro del ámbito de la Naturaleza, ya sea que se trate de la no estructurada por el hombre o de la estructurada (= cultura). En el lenguaje no teológico, la palabra “sobrenatural” se emplea con alguna frecuencia en ese sentido, lo mismo que para designar lo divino. En lo concerniente a la comprensión del Cristianismo, hay que distinguir con todo rigor entre Dios como hacedor de la Creación (del orden natural) y Dios operador de la gracia (del orden sobrenatural).

e) *Sobrenatural en sentido estricto* es la participación de la criatura en la gloria interna de la vida divina. En un *sentido más amplio* se llaman también sobrenaturales realidades y procesos mediante los cuales la criatura no es elevada por encima de la Naturaleza para tomar parte en la vida trinitaria de Dios, sino que la perfeccionan dentro del orden natural, pero mediante una intervención extraordinaria divina. Aquí el concepto de sobrenatural tiene el significado de extraordinario, de sobrenormal, aunque lo “extraordinario” no se deba al hombre, sino a la intervención de Dios. Esta especie de sobrenaturalidad se llama *preternatural*, mientras que la otra arriba descrita es lo *sobrenatural propiamente tal*. Lo extranatural (*praeternaturale*) dice relación a individuos o acontecimientos particulares (milagros), mientras que lo sobrenatural se refiere a la Creación total. Lo que para una naturaleza dada puede ser extranatural (por ejemplo, el habla para los animales), puede ser una cosa natural para otro ser. Lo sobrenatural estrictamente tal es natural sólo para Dios, de un modo tan peculiar que de ninguna manera puede corresponder por naturaleza a una de las criaturas. En el sector del conocimiento, lo sobrenatural se convierte en lo *suprarracional*, *sobrerracional*. Con esta expresión designamos “lo que a causa de plenitud ontológica trasciende la capacidad cognoscitiva de una razón creada, especialmente de la humana” (Brugger).

f) De esta definición de lo sobrenatural se deduce que con esta palabra se designa la esfera que en la Sagrada Escritura y en la literatura patristica se denomina con el término *espiritual* (en el sentido de “perteneciente al Espíritu Santo”), *celestial*, *angelical*.

La misma significación tienen las expresiones paulinas “Cristo en nosotros”, “nosotros en Cristo” y “con Cristo”. En la baja Edad Media se emplea la palabra “cristiforme”. Empleando de nuevo esta expresión se evitarían los equívocos de la palabra sobrenatural. Es posible que también la palabra “cristiano” se adaptaría bien a reproducir el sentido del estado de cosas a que se refiere la palabra “sobrenatural”, si no hubiese sido despojada casi totalmente de todo sentido, por emplearse impremeditadamente. Hasta cierto punto peligrosa parece ser la palabra “sobrenaturaleza” propuesta por Scheeben. Con facilidad, esa palabra hace surgir la idea de una realidad sobrenatural sustancialmente completa que existiese más allá de la naturaleza, o la idea de una realidad que sirviese de fundamento a la naturaleza. J. M. Ripalda (muerto en 1648) empleó ya la misma expresión. En la época de los Santos Padres y en la Edad Media se emplea también la palabra “sobrenaturaleza”, pero no designa la vida sobrenatural donada por Dios, sino la esencia de Dios en cuanto que trasciende la naturaleza y la creación entera. Tauler la emplea una vez para designar la naturaleza sobrenaturalmente elevada, es decir, para designar el conjunto de realidad natural-sobrenatural (en *Libro de la eterna sabiduría*, e, 24): “La naturaleza se convierte, por tanto, en sobrenaturaleza.” Con la palabra “sobrenaturaleza” se designa hoy la totalidad de lo sobrenatural y toda su riqueza.